

veremos que todos han sido los mas humildes. ¡Qué de maravillas no ha hecho un S. Francisco de Paula en los pueblos y en las casas de los grandes; él ha sido el prodigio de su siglo! ¿y hubo jamás un hombre mas humilde? ¡Cuando curarán nuestro orgullo, y nos inspirarán gusto á la humildad, tan grandes ejemplos, motivos tan poderosos, razones todas á cual mas interesantes!

¡Ah, Señor! ¿puedo yo veros humillado hasta morir en una cruz, y puedo yo verme hinchado de orgullo y no ser humilde? ¡Ah! demasiado que puedo, y mis sentimientos y mi conducta prueban bastante lo que yo soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia. Vos quereis que aprenda de vos á ser humilde de corazón, haced que llegue á serlo; yo os lo pido y lo deseo con todo mi corazón.

JACULATORIAS. — ¿Me atreveré á hablar á mi Señor y mi Dios, yo que no soy mas que polvo y ceniza? (*Genes. 18.*)

Yo estoy humillado, y paso mis dias en la tristeza. Por esto, Dios mio, tendreis compasion de mí, y me salvaréis. (*Ps. 68.*)

PROPOSITOS.

1 La humildad sin la humillacion no es por lo comun otra cosa que el conocimiento y la estima que tenemos del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. No somos humildes porque conozcamos las razones que tenemos para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura y menos equívoca de la virtud de la humildad, es la alegría en la humillacion. Si esta importante virtud no consistiese mas que en humillarse de palabra, las espresiones menos sinceras probarian que muchos que se alimentan del orgullo son humildes. Cosa estraña; tenemos defectos crasos que saltan á los ojos, y no podemos sufrir que se nos adviertan; ¡qué despecho si se repara en ellos! Mira uno con desprecio sus propios defectos y los de los otros, y cada uno quiere que de los suyos no se hable. Corregid hoy un vicio tan comun. ¿No teneis tanta virtud que ameís la humillacion? sed al menos bastante cristianos para recibirla con mansedumbre y con paciencia; no os justifiqueis en aquellas ocasiones de poca importancia, en las que el amor propio es maltratado, y vuestra vanidad se ve ajada. Os alegraréis de haber callado; no perdais por un aire desabrido, por una palabra violenta, por una indignacion demasiado manifiesta, el mérito de una pequeña humillacion, que es un remedio soberano contra la exaltacion del ánimo.

2 No siempre es el natural ó el mal humor el que hace á los señores tan delicados y poco pacientes; con mas frecuencia el origen de estos fogosos arrebatos es un orgullo secreto. La humildad del corazón es inseparable de la penitencia y de la mansedumbre. No podemos sufrir una palabra poco respetuosa; nos incomodamos por la poca exactitud de un doméstico; nos choca la cachaza de nuestros dependientes; su poca deferencia á nuestras órdenes nos pone de mal humor. Llamad como quisieréis esas impaciencias, esas asperezas, coloradlas con el pretexto que os dé la gana, vosotros seriais mas pacientes si fueseis menos orgullosos; comenzad desde este momento á poner en práctica las reglas siguientes: 1.^a Escusad con caridad los defectos de otro, y no consintais jamás que los que dependen de vosotros traben conversacion sobre tales defectos. 2.^a Cuando se os hubiere faltado á alguna cosa tocante á vuestra persona, á ciertos deberes, á no sé qué atenciones; cuando se hubieren olvidado de haceros ciertos servicios de poco momento, no perdais el mérito de estas pequeñas humillaciones: la falta de memoria ó de disposicion de un doméstico; la impolítica de cierta especie de gentes; el mal corazón de tantos amigos falsos os ofrecerán todos los dias muchas ocasiones para ejercitaros en estos pequeños sacrificios: alarmarése el amor propio, padecerá el orgullo; pero ¡qué tesoro de méritos si sabeis aprovecharos de estas frecuentes pero preciosas humillaciones! 3.^a Decios á menudo á vosotros mismos con S. Bernardo: Yo adoro un Dios humillado por mi amor hasta la muerte de la cruz, ¿y yo no soy humilde?

DOMINGO UNDÉCIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

LÁMASE comunmente en la Iglesia Romana este domingo el domingo del *Sordo-Mudo* curado por Jesucristo, porque el Evangelio de este dia refiere la historia de este milagro. Como todas las maravillas de la vida del Salvador eran pruebas visibles de su omnipotencia y de su divinidad, y al mismo tiempo pruebas evidentes de la santidad de la religion que venia á establecer en el mundo; la Iglesia ha escogido para la Epístola de la misa de este dia aquel pasaje de la carta que S. Pablo escribió á los corintios, en donde despues de haberles dado cuenta del modo con que les habia anunciado el Evangelio, les declara que no les ha enseñado y como dado en depósito mas que lo que él mismo habia recibido de Jesucristo, y por el compendio que les hace de los principales misterios de nuestra religion les da una idea justa de

la excelencia del Redentor, de su divinidad, y de la bondad infinita que ha tenido con los hombres. El Evangelio no es una prueba menor de esto, no pudiendo ser el milagro asombroso que refiere sino el efecto de esta omnipotencia que no puede convenir mas que á Dios solo. El introito de la misa espresa perfectamente los sentimientos de un corazon animado de una fe viva en este divino Salvador, y lleno de una santa confianza en su bondad y en su omnipotencia.

Yo veo al Señor en la nueva Sion; allí ha remitido á los hombres; y los une por unos mismos sentimientos y por unas mismas leyes: el Dios de Israel inspira valor y fortaleza á su pueblo, y le hace formidable á sus enemigos. Preséntese, nada mas, este Dios, levántese y disperse sus enemigos; muéstrase este Dios omnipotente, y huyan de su presencia los que sacuden el yugo de sus leyes. Todo este salmo, uno de los mas magníficos y mas admirables que David ha compuesto en un estilo sublime y elevado y que es una alegoría continua, todo este salmo, repito, debe entenderse de la venida de Jesucristo, de sus milagros, de sus victorias, de los misterios realizados en su persona, y del establecimiento de la Iglesia por los apóstoles. El Profeta hace en él la relacion de diversos prodigios del antiguo Testamento que fueron figura de lo que debía suceder en el nuevo, y en particular de todas las maravillas que debía obrar el Salvador. El milagro cuya historia refiere el Evangelio de este día, ha determinado á la Iglesia para hacer la eleccion de este salmo, que es propiamente uno de los mas bellos cánticos que tenemos en honor de las maravillas y de los misterios de Jesucristo. Todos los santos padres griegos y latinos, que lo esplican segun la alegoría y el sentido místico, lo aplican á la venida, á la resurreccion y á la ascension del Salvador, á todos los milagros que ha obrado, á la predicacion de los apóstoles, á la conversion milagrosa de los gentiles y á la destruccion victoriosa del paganismo. Si el Profeta habla en él de la salida de Egipto y de la publicacion de la ley, no es sino por alegoría á la libertad del cautiverio del pecado, que ha sido el fruto principal de la venida del Salvador y de la publicacion del Evangelio, cuyos hechos estaban allí figurados. Esto es lo que movió á comenzar este cántico por unos términos entusiasmados y con espresiones enfáticas. *Levántese Dios y disperse sus enemigos: huyan de su presencia todos sus adversarios.* Desaparezcan los impíos delante del Señor, como el humo se desvanece en el aire, ó como la cera que en un momento se derrite al fuego; *mas los justos, por el contrario, alégrense y regocijense viendo á su Dios y su libertador. Pueblos fieles, celebrad*

su gloria, cantad salmos en su honor. Todo este salmo es un cántico de regocijo, un cántico de alegría continua para celebrar las maravillas del Salvador y lo pompa de su triunfo.

La Epistola de la misa de este día puede mirarse como un compendio de las pruebas mas brillantes de nuestra religion, y de las verdades fundamentales del cristianismo. Como la verdad de la resurreccion de Jesucristo es el fundamento sólido y la base de nuestra creencia, no es de estrañar que los apóstoles se aplicasen con tanto ahinco á demostrar esta importante verdad, que tanto interés tenia el infierno en debilitar, pero cuya evidencia no habia podido oscurecer todo el infierno: así es que no hay dogma alguno mejor establecido, ninguna verdad mas á menudo ni mas útilmente sostenida. Habia entre los cristianos de Corinto ciertos espiritus dañados, que no abrigaban sentimientos muy ortodoxos en orden á la resurreccion. Como este articulo era, por decirlo así, el fundamento de todo el cristianismo, S. Pablo se aplica á establecer esta verdad en el capítulo quince de su carta con todo género de razones, y al mismo tiempo prueba la resurreccion futura de los muertos por la resurreccion de Jesucristo, la cual confirma con muchos testimonios.

Voy á ponerlos á la vista uno de los puntos capitales y mas importantes del Evangelio que os he predicado, que habeis recibido por una gracia especial de Jesucristo, y en el cual os manteneis con tanta fidelidad á pesar de los artificios seductivos de los falsos doctores, que os deslumbran con sus sofismas. Vosotros sabeis que solo creyendo las verdades que os he anunciado os salvaréis; no hay que esperar salud fuera de esta creencia; porque á menos que no hayais creído en vano, debeis acordaros de qué manera os he predicado. *Mis predicaciones*, dice en otra parte, *nada tenian parecido á los mañosos discursos de la sabiduria humana*, antes bien, *el Espíritu Santo y su virtud eran visibles en ellas*, y esto á fin de que *la sabiduria humana no fuese el fundamento de vuestra fe, sino la virtud divina.* A esto alude S. Pablo cuando dice aquí á los fieles de Corinto que se acuerden de qué manera les ha predicado, de las maravillas que han acompañado á su predicacion, y que si han creído las grandes verdades que les ha anunciado, no ha sido ligeramente como gentes que se dejan llevar de la novedad sin examen, y que son tan fáciles para abandonar la fe, como lo han sido para abrazarla. Por mas incomprendibles que sean nuestros misterios, por mas sublimes que sean las verdades de nuestra religion, por mas austera que sea su moral; nunca me he servido para persuadiros todo esto de términos escogidos, ni de maneras de hablar seducti-

vas y estudiadas; no he empleado para ello los artificios de una elocuencia alucinadora. Yo os he enseñado con toda sencillez lo que á mi mismo se me ha enseñado por el Señor, que siendo la verdad por esencia, no puede ser engañado, ni engañarnos. Os he dicho desde luego que Jesucristo nuestro Salvador ha muerto por nuestros pecados conforme á las Escrituras, esto es, como lo habia predicho por los profetas, y singularmente por Daniel que con tanta precision marca el tiempo de su muerte; y *pasadas setenta y dos semanas de años, será Jesucristo condenado á muerte (Dan. c. 9.)*: lo cual sucedió precisamente en el tiempo señalado segun los cálculos de la mas exacta cronología; por Isaías que predijo el fin de su muerte; esto es, por los pecados de los hombres (*cap. 53.*): y las circunstancias de su muerte: *será llevado á la muerte como una oveja sin quejarse, y será cubierto de llagas sin decir palabra.*

Os he enseñado, continua el santo Apóstol, que habiendo muerto este divino Señor fué sepultado; que ha resucitado al tercero dia, conforme á las Escrituras, como un testimonio de los mas persuasivos y de los mas concluyentes. No hay cosa que persuada mejor al entendimiento en orden á las verdades incomprendibles, que el ver que han sido predichas; porque solo Dios es el que puede conocer y pronosticar lo venidero: la prediccion es un motivo muy poderoso para creer una verdad aunque no se la pueda comprender. La resurreccion de Jesucristo era una verdad demasadamente esencial en nuestra religion, para que no hubiera sido predicha y figurada en muchos pasajes de la Escritura. David, Isaías, Oseas, y en particular el profeta Jonás, nos la han anunciado en mas de un pasaje. No se contenta S. Pablo con esta prueba, sacada de la prediccion; trae tambien el testimonio de los que han sido testigos de ella, y este testimonio no tiene réplica. Os he dicho, añade, que el Salvador resucitado ha aparecido á Cefas, y despues á los once. El santo Apóstol no refiere aquí en particular todas las apariciones de Jesucristo, sino solo aquellas que juzga mas á propósito para hacer impresion en el ánimo de los fieles de Corinto. Despues de haber referido S. Lucas la aparicion del Salvador á los dos discípulos que iban al castillo de Emaus y la vuelta de estos á Jerusalem, dice, que habiendo encontrado estos dos discípulos á los once apóstoles, y á los que estaban con ellos, todos juntos, y habiéndoles contado lo que acababa de sucederles, supieron de ellos que el Señor habia resucitado verdaderamente, y que habia aparecido á Simon. (*Luc. 24.*) Os he dicho tambien, continua aun el santo Apóstol, que despues apareció á mas de quinientos hermanos al mismo

tiempo, de los cuales algunos han muerto, pero todavía están muchos en el mundo. Habla aquí S. Pablo de la aparicion que hizo el Salvador á todos los discípulos que se congregaron en la montaña de los olivos, cuando el Salvador subió al cielo. ¡Qué nube de testigos y de pruebas para establecer el solo milagro de la resurreccion de Jesucristo! Con todo, dice aquí un sabio intérprete, no era necesario menos para convencer al mundo de una verdad, que por una consecuencia necesaria le obligaba á creer todos los misterios, y á practicar todas las máximas del cristianismo. S. Pablo añade que muchos de los que se habian hallado en esta aparicion vivian aun, á fin de que pudiesen, si querian, asegurarse por sí mismos de un hecho tan importante.

Despues de esto, continua S. Pablo, *apareció á Santiago; despues á todos los apóstoles.* El Evangelio no habla de esta aparicion; pero los Padres siguiendo la antigua tradicion nos refieren que Santiago, dicho el Menor, hijo de Cleofas y de María, primo del Salvador, y por tanto llamado hermano del Señor, segun el uso de los judíos; los Padres, repito, nos refieren que este Apóstol, que fué el primer obispo de Jerusalem, y que era tambien apellidado el Justo, habia resuelto despues de la muerte de su divino Maestro no tomar alimento alguno hasta haberle visto resucitado, y que el Salvador por una bondad singular hácia este fervoroso Apóstol se le apareció inmediatamente despues de su resurreccion, y habiéndole colmado de alegría con su presencia, le dió por sí mismo pan que habia bendecido, diciéndole que tomase de aquel alimento, pues que ya veia á su Salvador resucitado.

Por fin, y en último lugar, prosigue el santo Apóstol, *tambien me ha aparecido á mí que no soy mas que un aborto.* Siempre fué la humildad el carácter comun de todos los santos. Los mayores entre ellos han sido siempre los mas humildes. Cuanto mas los ha distinguido el Señor con los favores mas sublimes, tanto mas bajamente han sentido de sí mismos; las gracias mas brillantes descubren siempre la profundidad de nuestra nada. San Pablo se llama á sí mismo un aborto, para significar por esta expresion que no habia nacido al cristianismo ni sido llamado al apostolado sino despues de todos los demás, cuando todavía se hallaba informe, como de ordinario están los niños que vienen al mundo trabajosamente, ó antes del término, esto es, antes de haber podido recibir el aumento y la forma conveniente. Los demás apóstoles habian sido alimentados mucho tiempo por el Salvador con sus divinas instrucciones; S. Pablo habia sido llamado al apostolado estando todavía por limar, por decirlo así, desfi-

gurado por su tenaz apego al judaismo. A la verdad, el Señor había suplido en él lo que le faltaba con su gracia y con sus revelaciones, que en menos de nada le formaron el doctor de las naciones, y una de las lumbreras mas brillantes de la Iglesia; pero S. Pablo, como todos los grandes santos, no mira en sí mismo sino lo que tiene de su propia cosecha, y lo que en sí descubria mas defectuoso, reconociendo humildemente que toda la ciencia y la inteligencia que poseía, y cuanto bueno podía adornarle, era un puro don de Dios. Poseído de los sentimientos mas bajos de sí mismo, en medio de todas las maravillas que obraba, este gran santo no pierde nunca de vista lo que ha sido, reconociendo siempre que todo lo que es, lo debe á la gracia. *Porque, dice, yo soy el menor de los apóstoles, que no merezco este nombre, habiendo perseguido la Iglesia de Dios.* Tal ha sido siempre el carácter de los mayores santos; no consideran en sí mismos mas que el mal que han hecho, ó que han podido hacer; las maravillas mas grandes que Dios obra por su ministerio, las miran desde el fondo de su nada. La humildad fué siempre la virtud favorita de todos los santos. Cuando el perseguidor de Jesucristo, convertido en apóstol suyo, anuncia á los hombres su resurrección, ¿qué podía oponer la incredulidad para enervar su testimonio? Su conducta, sus trabajos, la persecución misma que él habia suscitado contra la Iglesia, son otras tantas pruebas de la sinceridad y de la verdad de su predicación, dice un sabio intérprete. No se le puede acusar de haber creído con ligereza lo que predica, y se ve bien claro que ha sido necesario un milagro muy marcado para hacer un apóstol del que era el mas violento y el mas pertinaz de los perseguidores de Jesucristo. Reconoced, pues, pueblos incrédulos, la fuerza victoriosa de la gracia del Redentor; porque *lo que yo soy, lo soy por la gracia de Dios*, que se complace muchas veces en elegir lo mas flaco para con el mundo, para confundir lo mas fuerte, á fin de que ninguno tenga de que gloriarse delante de él. Siendo, pues, tan indigno del apostolado, como acabo de decir, solo por un favor enteramente gratuito, y por una bondad del todo particular de Dios, soy yo apóstol. En mi vocación, no ha sido ciertamente á mis méritos á lo que ha tenido el Señor consideración, sino solo á su pura misericordia; lo poco que soy, y todo el bien que hago, lo debo á la gracia, sin la que nada soy, ni puedo nada. Por la gracia de Dios soy todo lo que soy, y de mí mismo no puedo gloriarme mas que de mis humillaciones y de mi nada. ¿Qué somos, en efecto, en el orden sobrenatural sin la gracia? Flaqueza, ignorancia, pecado; y todavía entre tantas miserias se desliza el orgu-

llo, para poner el colmo á todas ellas: ninguna cosa, en efecto, prueba tanto nuestra imbecilidad y nuestra nada como nuestro orgullo. Pero ¿qué no somos, y qué no podemos con la gracia? ¡Qué luz, qué sabiduría, qué ánimo, qué fortaleza! Todo lo puedo, dice en otra parte el mismo Apóstol, en aquel que me da la fortaleza; y ciertamente, la gracia que me ha dado no ha quedado sin efecto. ¿Qué no ha hecho en mí? ¿qué mutación tan portentosa! De un perseguidor obstinado de Jesucristo y de sus siervos, ha hecho un apóstol; el amor tierno á este divino Salvador ha sucedido al furor con que le aborrecía; la fe mas animosa, á la incredulidad mas terca; y el zelo mas ardiente por entender la fe de Jesucristo, á la pasión mas violenta que jamás hubo y que yo tenia por extinguirla. Dios ha querido hacer ver en la persona de S. Pablo lo que puede la gracia de Dios en un corazón que no pone obstáculo á ella, y que dice como este Apóstol: Señor, ¿qué quereis que haga? Rindámonos con docilidad á las dulces impresiones de la gracia, y tendremos el consuelo de poder decir muy pronto como él: *la gracia que Dios me ha concedido no ha quedado sin efecto*; pero para esto, es menester tambien decir sinceramente como él: *Señor, ¿qué quereis que haga?*

El Evangelio de la misa de este día refiere la curación milagrosa de un hombre sordo y mudo: todo es misterioso en esta historia.

Habiendo dejado el Salvador por un poco tiempo la Judea, de la cual no estaba muy contento, vino hácia los confines del país de Tiro y de Sidon, sin ruido, y al parecer como queriendo ocultar su llegada á aquellos extranjeros; pero una luz tan resplandeciente no podía estar escondida mucho tiempo. Los pueblos de aquellos contornos eran cananeos, descendientes de Canaan, y por consiguiente gentiles, y confinaban con la Judea; habia entre ellos algunos que se llamaban siro-fenicios, á causa de que ocupaban la region de la Fenicia que constituía entonces una parte de la verdadera Siria. Allí fué en donde una mujer siro-fenicia, llamada comunmente la Cananea, mereció por su perseverancia que el Salvador hiciese el elogio de su fe, y que librase á su hija de un demonio de que estaba poseída. El Hijo de Dios no se detuvo allí mucho tiempo; solamente queria dar á entender que habia venido principalmente para convertir á los judíos, segun se les habia prometido; pero que igualmente habia venido tambien para los gentiles, aun cuando no debiesen ser llamados á la fe, sino despues que los judíos se hubiesen hecho indignos del Evangelio.

Volviéndose, pues, Jesus del país de Tiro, se fué por Sidon,

esto es, pasó solamente por el territorio de los sidonios; y encaminándose hácia el mar de Galilea, atravesó una parte del país de la Decápolis. Llamábase así una comarca de la Galilea en Judea. Estendíase desde el monte Libano hasta cerca del mar de Galilea, y tomaba su nombre de diez ciudades principales que contenía, las cuales eran: Dan ó Cesarea de Filipo, Cades, Nestali, Asor, Sefer, Cafarnaum, Corozaim, Bethsaida, Jotapate, Tiberiades y Bethsan ó Scitopolis. Habiendo llegado el pueblo á entender que Jesus habia llegado al país, le salió al encuentro. Lleváronle un hombre que era sordo y mudo. Este pobre daba grandes gritos, con algunas palabras confusas y poco articuladas, como hacen por lo comun los mudos, arrojando impetuosamente la voz, sin poderse dar á entender. Pidiéronle al Salvador que le tocase con su mano y le curase. Hizo, en efecto, lo que deseaban; pero con ciertas ceremonias de que no acostumbraba servirse cuando hacia otros milagros. Quería mostrarnos el Salvador en esto que sus menores acciones eran misterios que debemos reverenciar, instrucciones mudas de que nos debemos aprovechar, y ejemplos que debemos seguir. Quería al mismo tiempo con estas ceremonias hacernos comprender que no hay demonio mas peligroso que el que nos cierra la boca, y nos impide descubrir las llagas del alma. No hay tampoco pecador mas difícil de convertir que el que está sordo á la voz de Dios. Estas dos enfermedades del alma son cuasi incurables; es menester un gran milagro para curar esta sordera espiritual; no hay una señal mas visible de reprobacion que cuando un pecador rehusa oír la voz de Dios que le llama y le ofrece su misericordia; ninguno está en mayor peligro que el que no quiere descubrir las llagas de su alma al médico caritativo que las puede curar.

La primera cosa que hizo el Salvador fué sacar á aquel hombre de entre la multitud. Esta especie de pecadores apenas se convierten, mientras permanecen en medio del tumulto del mundo; necesitan del retiro; él solo puede poner al pecador en estado de oír la voz del Señor. En la soledad es en donde Dios habla al corazón del pecador. Habiendo pues el Hijo de Dios tomado aparte á este hombre sordo y mudo, le mete sus dedos en los oídos, le toca la lengua con su saliva; despues levantando los ojos al cielo suspira por él y por todos los pecadores, figurados en este enfermo, y habiendo pronunciado esta palabra siríaca, que era la lengua del país, *Ephpheta*, que significa abrete, el enfermo se halló curado: sus oídos se abren, su lengua se desata; el sordo oye la voz de su médico; el mudo habla



con una facilidad que asombra y llena de regocijo á todos los que estaban presentes. ¡Qué de misterios, á cual mas instructivos, en un solo milagro! Notemos aquí que el Salvador se contenta con decir á los oídos *Ephpheta*, ábrete; y que no dice á la lengua desátate, porque basta que el pecador oiga la palabra de Dios: inmediatamente habla, desátase la lengua luego que el corazón es movido. Es muy difícil convertir á un pecador cuando no quiere oír hablar de su estado, ni explicarse él mismo con aquellos que podrían sacarle de él. El Salvador gime, levanta sus ojos al cielo, lo que hacia ordinariamente antes de obrar los mayores milagros. Todo esto muestra la dificultad de aquella curacion. El Hijo de Dios no tenia necesidad de hacer todas estas ceremonias para volver la palabra y el oído al sordo mudo, no era menester mas que el que quisiera que hablase y que oyese; pero queria el Salvador instruirnos y enseñarnos al mismo tiempo que es necesario levantar los ojos al cielo, que es preciso gemir, esto es, que es menester orar y hacer penitencia por esta especie de pecadores. Quería tambien el Salvador enseñar á sus discípulos por estas ceremonias las que ellos debian observar en la administracion del sacramento del Bautismo, y en efecto comprendieronlo perfectamente los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, y así lo enseñaron luego á la Iglesia. En la esplicacion que se ha dado en la historia del sexto domingo despues de Pentecostes, ha podido verse lo que significan estas misteriosas ceremonias. Todo lo que el Salvador ha hecho y dicho durante su vida pública en la tierra ha sido para nuestra instruccion.

No es menos saludable la orden que dió el Salvador á todo el pueblo de que no hablasen de la maravilla de que habian sido testigos. La humildad ha sido siempre el rasgo mas brillante y mas señalado de Jesucristo y de todos sus verdaderos discípulos. Sabia bien que se publicaria; pero queria enseñarnos que en el ejercicio de las buenas obras, sobre todo en los actos de esplendor que acompañan algunas veces las funciones del divino ministerio, no se ha de buscar la gloria delante de los hombres, ni hemos de tener otra mira que la gloria de Dios; esto es todo lo que debemos proponernos en los servicios que hacemos al prójimo.

San Juan Crisóstomo, S. Jerónimo y los demás santos Padres creen que nuestro Señor no pretendia imponerles una obligacion estrecha de que no hablasen de los milagros, cuando les prohibia publicarlos: era mas bien una leccion de humildad y de modestia que les daba, que un precepto riguroso que les impo-